

“Houston, Tranquility Base here. The Eagle has landed”

Noelia Pérez Mora

I.E.S. Antonio de Mendoza

“Pensé que teníamos un 90% de posibilidades de regresar a la Tierra a salvo, pero sólo teníamos un 50% de probabilidades de realizar un aterrizaje exitoso en el primer intento”.

El descenso del Módulo Lunar del Apolo XI fue dramático y tenso hasta los segundos finales, desde el primero de los 12 angustiosos minutos que duró el descenso a la Luna; aunque Armstrong y Aldrin habían practicado en la simulación, no siempre tuvieron éxito en el alunizaje. Había que aterrizar en 3 minutos con el combustible justo a determinada velocidad y altura y a veces el radar de aterrizaje no funcionaba. Fue un gran reto. Al acercarse a la superficie, Armstrong y Aldrin se dieron cuenta de que la zona elegida por el piloto automático del Módulo Lunar “Eagle” para el alunizaje era una pendiente de un enorme cráter lunar con rocas “tan grandes como automóviles”, como diría Armstrong a su regreso. “La computadora nos mostró donde pretendía aterrizar, a un costado de un enorme cráter de unos 100-150 metros de diámetro con pendientes muy pronunciadas cubiertas de grandes rocas; realmente un pésimo lugar para aterrizar”, dijo. Estas rocas no se habían visto en las fotos obtenidas por las naves no tripuladas que habían cartografiado la superficie; la resolución máxima de las cámaras había captado rocas de hasta 15 metros, pero no las inferiores a ese tamaño que hubieran puesto en serio riesgo la misión en caso de aterrizar en el punto elegido.

Siete minutos después de iniciar la secuencia de descenso y a una altura aproximada de seis kilómetros de la superficie, Neil Armstrong introduce en el ordenador el programa número 64, el empuje del motor desciende hasta un 57% y el módulo lunar se sitúa en posición horizontal respecto a la superficie de la Luna. El radar de aterrizaje comienza a recibir señales y Buzz Aldrin deja el radar de encuentro activo, sin importar lo que dijera la lista de control, para que en caso de abortar la misión siguiera funcionando y pudieran volver a contactar con Mike en el regreso. Aparece entonces un problema de computadora, problema 1202 y 1201. La computadora del Módulo Lunar está sobrecargada de información. El radar de descenso y el de encuentro aportan datos simultáneamente, una combinación que no se había previsto y obviamente necesaria; si descendes necesitas el radar de descenso, si regresas necesitas el radar de encuentro, y no podían funcionar simultáneamente. Pero el descenso sigue adelante. El sitio exacto de alunizaje, se encuentra a menos de veinte kilómetros al Oeste. El oficial de guiado comunica al director de vuelo que el LEM viaja a más velocidad de la programada, hecho que puede causar el aborto del alunizaje, pero decide seguir con los procedimientos de alunizaje. El LEM sobrepasa el lugar donde debería haber alunizado y el ordenador les está conduciendo hacia un gran

cráter con rocas esparcidas a su alrededor que causarían serios daños al módulo si el alunizaje se produjese en esa zona. Armstrong desconecta el programa 64 e introduce el 66, donde el programa de control semiautomático controla el empuje del motor pero deja en manos de la tripulación el movimiento de traslación lateral del LEM; cambia así la trayectoria con apenas combustible. Desconectado el sistema de aterrizaje automático el piloto del Eagle, toma el control manual de la nave. Neil escoge la única alternativa, pero lo peor que se puede hacer por el combustible: cambiar el promedio de descenso. El comandante cambia el rumbo un poco, sobrevuela la zona y desliza el Módulo Lunar en horizontal por la superficie buscando un lugar adecuado para el alunizaje mientras Aldrin le va leyendo en voz alta los datos de altitud y velocidad; el tiempo corre y el combustible se agota. El LEM pierde altura gradualmente. A menos de dos metros de la superficie, una de las tres varillas sensoras que cuelgan de las patas del LEM, toca el suelo. El Eagle recorre el último metro en una suave caída gracias a la débil gravedad lunar y Neil Armstrong logra aterrizar el Módulo Lunar como si fuera un helicóptero en una planicie. Con menos de 30 segundos de combustible se produce el contacto con la Luna y el comandante pronuncia la frase que titula este artículo. “Houston, aquí la base Tranquility. El Eagle ha aterrizado”, fueron las palabras que Armstrong le dijo a la base de control en Tierra. El terreno resiste bien el peso del aparato y todos los sistemas funcionan. En Houston son las 15:17 del 20 de julio de 1969 (las 20:17:39 h UTC) y el Eagle está posado sobre la superficie del satélite a 38 m de un cráter de 24 m de diámetro y varios de profundidad.

Ningún astronauta elegido para la gloria hubiera estado dispuesto a abortar el alunizaje por falta de combustible a escasos metros de la superficie, y menos Armstrong, que quizás en esa situación se hubiera dejado vencer por la fuerza gravitatoria lunar y caer hacia el deseado, bello y a la vez inhóspito y tenebroso terreno que para nada invitaba sus dominios (como lo describía Michael Collins). Armstrong solía pensar las cosas muy bien y hacía lo que creía correcto y que por lo general lo era, y así lo demostró.

Michael Collins, para muchos el hombre más solo del universo en aquel momento, miraba hacia la Tierra con tres mil millones de personas sabiendo que mientras dos de ellas estarían pisando el rocoso suelo lunar que tenía bajo sus pies. Es famosa la frase que pronunció Neil al hacerlo, pero quizá más literaria la que utilizó minutos después Buzz Aldrin, el segundo hombre que caminó sobre la Luna, para describir lo que veía: “Hermosa vista. Es una magnífica desolación”. Era evidente que el lugar más magnífico para que la humanidad mostrara su progreso no dejaba de ser un sitio desolado.

Cuarenta y tres años después de que Neil Armstrong pusiera sus pies sobre la superficie lunar consiguiendo crear un sentimiento de orgullo por el presidente Kennedy, por la nación y por la humanidad, podemos hablar de un avance más que notable a nivel tecnológico, científico, y social; quizás incluso habiendo evitando con esta distracción una guerra a gran escala. Y es que es indiscutible que aquella carrera espacial que comenzó con el lanzamiento soviético del Sputnik 1 el 4 de octubre de 1957 no fue sólo un pequeño paso para aquel hombre de talante frío y coherente sobre nuestro satélite, sino un mecanismo de cooperación entre adversarios, una unión mundial y un hecho trascendente en la historia que abrió un nuevo capítulo en la exploración humana y que marcó el principio de un progreso que aún continúa en nuestros días. Se mostraron así unas sensaciones hasta el momento desconocidas que sólo fueron imaginadas por fantásticos soñadores y escritores

capaces de adelantarse al proyecto Apollo, mucho antes de que la Ciencia comenzase a despejar el camino hacia los cielos: JH. G. Wells, Isaac Asimov, Julio Verne (“De la Tierra a la Luna” y “Viaje alrededor de la Luna”),... Tanto que no es difícil relacionar el discurso de Barbicane con el que John Kennedy dio ante el Congreso en mayo de 1961: “Este país debería comprometerse a alcanzar el objetivo, antes del final de esta década, de poner un hombre sobre la superficie de la Luna y hacerle regresar a la Tierra sano y salvo”.

Pero más allá del mero hecho histórico, está el humano. Una serie de personas que de un modo hicieron posible aquella misión, aquella meta; Michael Collins, que pilotaba el módulo de mando “Columbia”, mientras el astronauta Neil Armstrong, comandante de la misión, y el coronel de la Fuerza Aérea Edwin E. Aldrin, realizaban el primer alunizaje. Fue el momento culminante de una epopeya del siglo XX, una hazaña tecnológica y científica que protagonizó Armstrong en primera persona, pero aupado sobre el trabajo y la investigación de miles de personas en la NASA e incluso por los millones de personas de todo el mundo que presenciaban como aquel 20 de julio, Armstrong bajó el último travesaño de la escalera del módulo Eagle y puso un pie en el suelo lunar del Mar de la Tranquilidad, convirtiéndose en el primer ser humano en pisar la Luna. Pasos que no sólo quedaron marcados en la Luna, sino también en la memoria de los tantos que soñaron con verlo o de los mismos que vieron a los primeros de la humanidad en un mundo más allá del nuestro. Unas huellas que dejaron de pisar Tierra en agosto de 2013 pero que no serán borradas en la Luna; un hombre que demostró tener las cualidades necesarias y excepcionales en aquella situación y que hizo posible que hoy podamos mirar a la Luna sabiendo que hay un pedazo de otro mundo que será humano para siempre; y ese es Neil Armstrong. Pero sería injusto reducir su carrera a sus fructíferos años como astronauta y a un solo hecho; un sueño que nunca habría alcanzado si no fuera por una pasión por los aviones que cultivó desde niño.



Alunizaje del Apollo 11; el comandante de la misión Neil Armstrong en la superficie lunar

Neil Armstrong

*“Levanté mi pulgar y oculté el planeta Tierra.
No me sentí como un gigante. Me sentí muy, muy pequeño”*

El primer hombre que llegó a la Luna falleció en Ohio (EEUU) el pasado 2012, el 25 de agosto. A principios de este mes fue sometido a una operación de corazón en la que se le practicó un by-pass después de que los médicos encontraran que sus arterias coronarias estaban obstruidas, y no recuperándose de las complicaciones surgidas.

A los 82 años, el astronauta vivía en su casa de campo de Lebanon, Ohio, con su segunda mujer (Carol Held Knight) y sus dos hijos, donde llevaba una vida más cercana a la de un granjero que a la de una celebridad mundial.

En ese mismo estado nació el 5 de agosto de 1930 mostrando desde muy joven, su atracción por la aeronáutica y la aviación, tras realizar su primer vuelo a los seis años en un aeroplano Ford Tri-Motor; lo primero que quería hacer cuando era niño era diseñar aviones y ayudar a resolver problemas allí donde estuvieran. En la adolescencia, su héroe fue el aviador Charles Lindbergh, el primero en atravesar el Atlántico sin escalas. A la edad de quince años, Armstrong empezó a tomar lecciones de vuelo en un aeropuerto del norte de Wapakoneta, donde realizaba varios trabajos en el pueblo y en el aeropuerto para ganar dinero y pagar así las lecciones en un Aeronca Champion. Con 16 años, antes incluso de haber pasado el examen de conducir, ya era estudiante de piloto. En 1947 recibió la licencia antes de graduarse de la Secundaria en Blume (Wapakoneta).

Tan pronto como Armstrong se graduó de los estudios secundarios, recibió una beca de la Marina de los Estados Unidos. Posteriormente se inscribió en la Universidad Purdue y comenzó sus estudios de Ingeniería Aeronáutica. En 1949 la Marina lo llamó para cumplir con los deberes militares, se convirtió en aviador y en 1950 fue enviado a la guerra de Corea. Allí voló en 78 misiones de combate partiendo desde el portaaviones USS Essex.

Después de haber reunido suficiente experiencia en la Marina, en 1952 Armstrong se unió al Comité Consultivo Nacional (NACA); la agencia federal de Estados Unidos fundada en 1915 para emprender, fomentar, e institucionalizar las investigaciones aeronáuticas. Su primera tarea la desarrolló en el Centro de Investigaciones Lewis, cerca de Cleveland, Ohio. En los siguientes 17 años trabajó de ingeniero, piloto de pruebas, astronauta y administrador de la NACA y su agencia sucesora, la Administración Nacional para la Aeronáutica y el Espacio (NASA).

Hacia mediados de la década de 1950, Armstrong se trasladó al Centro



Armstrong durante el entrenamiento en un X-15

de Vuelos Edwards de la NASA en California, donde se convirtió en piloto de investigaciones en muchas de las aeronaves de gran velocidad, incluyendo el conocido X-15, que alcanzaba una velocidad de más de 6300 kilómetros por hora o lo que es lo mismo a 1750 metros por segundo.

Armstrong voló en más de 200 modelos diferentes de aviones, incluyendo aviones de reacción, cohetes, helicópteros y planeadores. Mientras tanto, buscaba alcanzar estudios de graduación, por lo cual recibió un máster en ciencias de ingeniería aeroespacial de la Universidad del Sur de California.

Armstrong obtuvo una plaza de astronauta en 1962, uno de los nueve astronautas de la NASA en la segunda clase para ser elegidos. Además, fue suplente de la tripulación del Géminis 5 y organizador de vuelos espaciales tripulados, para pasar luego al equipo de alunizaje. Por tal efecto, se mudó a El Lago, Texas, cerca del Centro de Vuelos Espaciales de Houston, para comenzar con su instrucción. Su arrojo le mereció estar en el grupo élite seleccionado para cumplir la promesa del presidente John F. Kennedy de poner un hombre en la Luna para fines de esa década. Así fue sometido a cuatro años de duro entrenamiento para que el programa Apolo lograra la meta. La Guerra Fría estaba en su punto álgido y Moscú ya había propinado varios reveses a Washington con su programa Sputnik. Aún así había una gran motivación: los estadounidenses estaban decididos a superar a los soviéticos, que les llevaban la delantera fuera de la atmósfera, pues habían enviado el primer satélite (Sputnik) en 1957 y luego, en 1961, pusieron al primer hombre en el espacio (Yuri Gagarin).

Unos años antes de ir a la Luna, murió su hija Karen por las secuelas de un tumor; hija que tuvo con Janet, además de dos hijos más: Mark y Eric. Tras la llegada a la Luna, Janet se cansó de permanecer siempre sola en la granja mientras su marido atendía sus negocios o daba conferencias, por lo que se divorciaron en 1989, estando casados desde 1956. Quienes conocían a Neil recuerdan que tras la muerte de su hija volvió a la oficina unos días después y se refugió en su trabajo sin decir nada.

El 16 de marzo de 1966 voló en su primera misión espacial como comandante, con



El comandante Neil Armstrong (derecha) y el piloto David R. Scott preparados para abordar la Gemini VIII.

David Scott. Durante esa misión, Armstrong condujo la Gemini 8 a un exitoso acoplamiento con el Agena, satélite que ya estaba en órbita, en lo que fue el primer amarre de dos cápsulas espaciales. Luego llegaría la preparación para el Apolo XI. A pesar de que el acoplamiento fue perfecto, las dos naves empezaron a realizar un movimiento de cabeceo y giro rápidamente. Aunque Armstrong pudo desacoplar la Gemini y usó los retrocohetes para estabilizar el control de su nave, tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en el Océano Pacífico logrando salvar su vida y la de su copiloto.

El 6 de mayo de 1968 logró sobrevivir a un accidente durante un entrenamiento con el LLRV (el vehículo experimental con los que se simulaba el comportamiento del módulo lunar en la Tierra). Éste se incendió en el desierto de Texas tras tornarse fuera de control poco después del despegue y ascenso, pero Armstrong pudo eyectarse a un escaso segundo de estrellarse contra el suelo.

Apolo 11

Como comandante de Apolo 11, la primera misión tripulada a la Luna con la intención de alunizar, Armstrong ganó la distinción de ser la primera persona en poner pie sobre la superficie lunar. El 16 de julio de 1969, Armstrong, Michael Collins, y Edwin Eugene Aldrin comenzaron su viaje a la Luna. Collins fue el piloto del módulo de mando; Aldrin, un experto en sistemas, fue el piloto del módulo lunar y se convirtió en el segundo ser humano en caminar sobre la Luna. Para esta gesta se utilizó un cohete Saturno V, el mayor ingenio de este tipo construido, con una altura superior a los 85 m y un diámetro máximo de 13 m, capaz de desarrollar una potencia de 35.000 kN, que transportaba el conjunto integrado por el módulo de mando y servicio, llamado Columbia, y el módulo de alunizaje, bautizado con el nombre de Eagle. Armstrong pilotó el Módulo Lunar y logró un aterrizaje seguro sobre la superficie lunar pronunciando después las inmortales palabras: “Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad”, aunque su intención era decir “That’s one small step for man, one giant leap for mankind”. Armstrong confesó en numerosas ocasiones que fue algo especial y memorable, pero instantáneo, porque había mucho trabajo para hacer. “No estábamos allí para meditar. Estábamos allí para hacer las cosas, así que nos pusimos en ello”. Además de desplegar la bandera de Estados Unidos y de instalar diversos aparatos científicos, recogieron aproximadamente 22 kg de rocas lunares para su posterior estudio en la Tierra. Aldrin y Armstrong estuvieron cerca de dos horas y media caminando sobre la Luna, recogiendo muestras, haciendo experimentos y tomando fotografías. El 24 de julio de 1969, los tres



Tripulación de la misión. De izquierda a derecha, Neil A. Armstrong, Michael Collins y Edwin E. Aldrin

hombres amerizaron en el Océano Pacífico y fueron recogidos por el portaaviones USS Hornet. Ninguno de los tres volvería jamás a volar al espacio.

Los tres astronautas de Apolo 11 fueron honrados con un desfile en la ciudad de Nueva York y por todo el mundo tan pronto regresaron a la Tierra. Armstrong recibió la Medalla de la Libertad, la distinción más importante ofrecida a un civil de los Estados Unidos. Otras distinciones de Armstrong recibidas al finalizar su misión incluyeron la Medalla a la Distinción por Servicio de la NASA, la Medalla al Servicio Excepcional de la NASA, 17 medallas de otras naciones y la Medalla de Honor del Congreso Espacial.

Años posteriores

Poco tiempo después de que el Apolo 11 regresara a la Tierra, Armstrong anunció que no tenía ninguna intención de regresar al espacio. Su relación contractual con la NASA continuó trece meses, en los que trabajó como vice-administrador asociado para la división de Aeronáutica de las Oficinas Centrales en Washington. En ese puesto fue responsable de la coordinación y administración del trabajo de investigación y tecnología general de la NASA relacionado con la aeronáutica. Tras numerosas loas, galardones y reconocimientos, Neil, de carácter introvertido, no se sentía cómodo. Cansado de su matrimonio con el gigante norteamericano, el astronauta, con 41 años, decidió saltar al mundo universitario y en 1971, dos años después de tocar la gloria, dejó la NASA para dedicarse a la enseñanza. No le faltaron ofertas de los centros más renombrados, pero Armstrong era consciente de que no poseía un doctorado y no quiso que sus compañeros y amigos se sintieran molestos por ser nombrado profesor universitario teniendo como título máximo un máster. Por eso, se decidió por el departamento de ingeniería de la modesta Universidad de Cincinnati, donde permaneció ocho años hasta 1979.

Neil formó parte de numerosos consejos de administración de diferentes empresas de electrónica y aeronáutica; fue además presidente del Comité Asesor de los Cuerpos de Paz (1971-1973) y miembro de la Comisión Nacional del Espacio (1985-1986). Su tranquilo trabajo como docente se vio a veces interrumpido por algunas llamadas de la NASA, que solicitó su asesoramiento en momentos puntuales, como en los accidentes



Neil Armstrong recibe la Medalla de Honor del Congreso Espacial

espaciales del Apolo 13 y el Challenger, donde fue vicepresidente de la Comisión presidencial para la investigación (1986). Una vez finalizada la experiencia universitaria, su actividad laboral se centró en el mundo de los negocios y desde entonces ocupó cargos de responsabilidad en varias empresas estadounidenses como American Airlines o Eaton Corporation. Dentro de la empresa privada ocupó diversos puestos, como los de director de las empresas Cincinnati Gas and Electric Co., Cincinnati Mi-

lacron Inc, Eaton Corporation, RMI Titanium Company y Thiokol Corporation, entre otros.

Durante los años 1982-1992, Armstrong fue presidente del Computing Technologies for Aviation, Inc., en Charlottesville, Virginia. Después de estos trabajos, Armstrong se convirtió en presidente de la Ail Systemes Inc, especializada en computadoras para aviación. En enero de 1988 consiguió un nuevo logro: dio la vuelta al mundo a bordo de un Boing 77 en un tiempo récord de 37 horas, junto a otras 99 personas.

Neil Armstrong fue el más evasivo de la tripulación de Apolo 11. Ya retirado en su casa de Lebanon (Ohio), donde trataba en vano de pasar desapercibido, impartió en ocasiones conferencias sobre vuelos espaciales y sus apariciones públicas coincidieron con las celebraciones de los aniversarios de la llegada del hombre a la Luna. Evita conceder entrevistas y rehúye de las apariciones televisivas. Sólo hizo algunas excepciones cuando se trata de marcas norteamericanas que necesitan un relanzamiento -Chrysler Corporation o Bankers Association of America- y han solicitado sus servicios como imagen de la compañía. A partir de 1994 se acrecentó todavía más su fobia a la mirada pública, cuando descubrió que su firma se vendía en internet por miles de dólares y que había numerosas falsificaciones en circulación, por lo que se negó a conceder nunca más un solo autógrafo. Fue la última batalla pública de Armstrong, que en 2003 presidió en Dayton los actos que celebraban el centenario de la aviación. Entonces el astronauta habló apenas unos segundos y ni siquiera mencionó su viaje a la Luna.

A principios de 2010, Armstrong rompió su silencio para protestar contra el recorte del presupuesto de la NASA del presidente Obama. El astronauta llegó a expresar sus “reservas” ante el Congreso y firmó una carta que definía el plan como una “propuesta errónea”. “La NASA ha sido una de las fuentes de inversión pública más importantes para motivar a los estudiantes a lograr todo lo que esté en su capacidad, por lo que es triste que estemos dirigiendo el programa hacia un punto donde se ve reducida la motivación que brinda a los jóvenes”.

En su última comparecencia pública en noviembre de 2011, Armstrong recibió junto a sus compañeros de la misión a la Luna la medalla de Oro del Congreso de Estados Unidos donde Armstrong dijo que era un honor “en nombre de todos aquellos que jugaron un papel para ampliar la presencia humana más allá de la Tierra, y el conocimiento humano del Sistema Solar”.

Un año antes de su muerte, en junio de 2012, Neil Armstrong estuvo en España, concretamente en Tenerife, para participar en el homenaje al primer astronauta de la historia, el ruso Yuri Gagarin. Manifestó su deseo de que la civilización humana lleve al espacio “su mejor comportamiento”. Refiriéndose a la carrera espacial de la que él fue estrella indiscutida, dijo que, a su juicio, fue “la mejor, la más honesta, porque ganó la humanidad”.

Frente a las teorías de la conspiración, Armstrong respondía siempre con la misma sangre fría: “La gente ama las teorías de la conspiración. Quiero decir que son muy atractivas, pero nunca implicaron un problema para mí, porque sé que un día alguien va a volar de nuevo hasta la Luna y recogerá la cámara que dejé allí”. “Las 800.000 personas que fueron parte del equipo de la NASA no podrían haber guardado el secreto”.

Tras su muerte en un hospital de Columbus el presidente Obama publicó una declaración sobre la muerte de Armstrong describiéndolo “entre los más grandes héroes americanos, no sólo de su tiempo, sino de todos los tiempos”. “Cuando él y sus compañeros despegaron en el Apolo 11, llevaban con ellos las aspiraciones de la nación entera demostraron al mundo que el espíritu americano puede ver más allá de lo que parece inimaginable y que cualquier cosa es posible con suficiente pasión y creatividad”.



Tras su fallecimiento, su familia pidió una simple solicitud: “Honrad su ejemplo de servicio, cumplimiento y modestia y la próxima vez que caminéis al aire libre en una noche despejada y veáis que la Luna os sonríe, pensad en Neil Armstrong y hacedle un guiño”. Sus cenizas fueron esparcidas en el Océano Atlántico en una ceremonia privada a bordo del portaaviones USS Philippine Sea.

Al astronauta de carácter reservado, nunca le gustó la etiqueta de héroe y prefirió hablar lo menos posible, prefiriendo el silencio, sobre aquella misión. “Fue algo especial y memorable pero momentáneo porque había trabajo que hacer”. Neil Armstrong fue un héroe americano a su pesar que siempre creyó que sólo hacía su trabajo. Sirvió a su país con orgullo como piloto naval, piloto de pruebas y astronauta sin dejar de ser un defensor de la aviación y de la exploración durante su vida y sin perder la pasión infantil que sentía por ellas. Celoso de su intimidad, siempre supo apreciar las expresiones de buena voluntad de personas de todo el mundo. Se centró en llevar una vida a salvo de una atención que no soportaba; no solía dar entrevistas pero no era una persona extraña o con la que fuera difícil charlar. Era sólo que no le gustaba ser el centro de atención. Neil Armstrong fue un hombre de hielo, lleno de sangre fría necesaria para decidir viajar a la Luna sin estar seguro de su regreso a la Tierra y más que un ejemplo a los jóvenes de todo el mundo a trabajar duro para hacer que sus sueños se hagan realidad, para estar dispuestos a explorar y ampliar los límites y servir desinteresadamente a una causa más grande que ellos mismos. Un hombre que aceptó en todo momento un porcentaje de riesgo dependiendo de lo que quiso conseguir y que sólo pensó en hacer su trabajo bien cuando las cosas salían mal.

La caminata lunar de Armstrong sobre la superficie polvorienta de la Luna, apenas duró dos horas y media. Pero su hazaña cautivó a millones de personas en todo el mundo y devolvió a sus compatriotas el orgullo que les había arrebatado la puesta en órbita del “Sputnik” ruso en octubre de 1957. La carrera espacial estaba entonces en el corazón de la batalla estratégica de la Guerra Fría y Armstrong enseguida se transformó en el símbolo de la superioridad moral de Estados Unidos en su lucha contra Moscú; un héroe americano que siempre creyó que lo único que estaba haciendo era su trabajo.

Armstrong fue la cabeza más visible de aquella década prodigiosa del espacio con el programa Apolo aunando no sólo muchísimo dinero para hacer realidad el desafío del presidente Kennedy, sino también con una concentración de enormes talentos de la Ciencia y la Tecnología en el esfuerzo espacial. Indiscutiblemente, Neil Armstrong fue el protagonista del sueño de la humanidad incentivándonos a remover una de las capas protectoras de la verdad y a abrir la puerta de los tantos grandes ideales sin descubrir.